

Entrañable transparencia

Marca del estilo montonero, los anteojos de Rodolfo Walsh son ya un ícono de la cruz entre intelectual y militante. Pero al mismo tiempo simbolizan el compromiso de ver para denunciar el espanto del gran crimen de la dictadura cívico-militar y religiosa.

Hay cosas que de inmediato se asocian con las actividades de cada quien. Y los lentes son sinónimo, en general, de ejercicio intelectual, de pestañas quemadas, cuando no de aparato. En el imaginario, también se vinculan con seres especiales, con momentos históricos, con modas. Se hacen carne y símbolo de personajes porque son de los pocos objetos de portación personal que se ven antes que nada, que no se cambian a diario, que son una fija. Los de Lennon redondos con marco metálico, los de Victoria Ocampo apenas levantados, en ese toque extravagante propio de su clase, los de Blackie ahumados y casi culo de botella; Woody Allen siempre con los Ray-Ban modelo Wayfarer. La lista de escritores y artistas es imposible de larga, pero a quién no le gusta pensar en Cortázar y sus lentes, tal vez por que juntaban a esos sus ojos felinos separados como dos polos.

Sin embargo, no es en él en quien los periodistas pensamos ante la mención de la palabra anteojos. Periodista y anteojos nos llevan directo a Rodolfo Walsh.

Los suyos son lentes colectivos, propios de

Presiento que los queremos por otra cosa, como si cobraran espesor de aumento, dimensión de verdad y justicia. Porque son de mirar hondo y no de ver. Lentes faro de un oficio.

un momento histórico tanto como los otros que se mencionan antes aquí, pero tienen algo distinto: quedaron fijados como lentes setentistas, parte de un estilo, de una ¿elegancia montonera? al suponer de esos detalles que reúnen pertenencias políticas, como hoy pueden serlo las patillas finitas y largas de los militantes de La Cámpora o sus jeans abombillados con camisas celestes, y entonces lo eran los anteojos de grueso marco rectangular, las camisas de manga corta, la patilla tupida y cuadrada.

Pero presiento que los queremos por otra cosa, como si cobraran espesor de aumento, dimensión de verdad y justicia, son lentes de investigador, anteojos serios y firmes. Quizá de modo automático los vinculemos con todo lo que pasó frente a ellos, habilitadores de la avidez comprometida de su portador, para poder denunciar lo que urgía. Los queremos porque son de mirar hondo y no de ver. Lentes faro de un oficio.

Desde que en 2004 Néstor Kirchner bajó el cuadro de la ESMA comenzó, a la par de la recuperación moral de la Argentina a tra-



Como lupas gigantes, miran de frente el templo del horror genocida: la ESMA; miran juzgan y condenan para siempre a los asesinos y a sus cómplices los ojos del pueblo, los de la patria.



vés de la memoria, la verdad y la justicia, una etapa de rescate material de ese espacio y sus edificios. De la recuperación arquitectónica, con grandes obras de restauración realizadas por cooperativas con la guía de la universidad pública, hay un elemento simbólico que es, a su vez, el más concreto y contundente documento material del horror denunciado, también lo es del periodismo comprometido con su lugar y su tiempo más difícil.

Como lupas gigantes, miran de frente el templo del horror genocida, miran juzgan y condenan para siempre a los asesinos y a sus cómplices los ojos del pueblo, los de la patria.

Me gusta sentir que en esa obra están simbolizados los anteojos de Rodolfo Walsh, en esos vidrios cuya materialidad también pensó, sintió y diseñó un luchador por los derechos humanos, otro lentudo querido: León Ferrari. Etérea, liviana y transparente, la Carta a las Juntas de vidrio es la materialización más contundente de este pasaje evolutivo en nuestra historia. Porque no se olvida ni perdona el horror y de él se sigue dando testimonio en tiempos más felices.